

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

oooooooooooo Mahón, 15 de Enero de 1925 ooooooooooooo

El encanto de la mujer honesta

Un escritor humorista afirma con frase afortunada, que todo extranjero en España, después de asistir a una corrida de toros, declara que el Museo del Prado es el mejor del mundo, visitar la Alhambra de Granada y retratarse en ella vestido de moro, se cree en la necesidad de hacer el amor a una española. Es una tentación a la que muy pocos se sustraen. Parece que la tierra de don Juan Tenorio mantiene en su ambiente un virus que contagia a todo forastero.

Lo curioso es que ese idilio a través de la reja acaba muchas veces en boda, previa la conversión al catolicismo del novio ilusionado como un cadete.

Porque resulta realmente inexplicable que hombres venidos de otras tierras de ostentación y lujo donde el «flirt» se ejercita libremente, donde todo desenfreno y frivolidad tienen su asiento, donde se exhiben las más lindas mujeres premiadas en concursos mundiales, entreguen su corazón y se ilusionen como chiquillos al llegar a este país en el que ni el «maillot» está aceptado, ni el descoco es patrimonio universal, y las mujeres no solo no admiten el divorcio, ni son sabias, doctoras y sufragistas, sino que recatan el beso como una deshonra y tienen la coquetería de su fe religiosa.

Todavía no se ha olvidado el caso de las hermanas Delgado. Eran dos bailarinas modestas, casi desconocidas, que actuaban como de relleno en un teatrillo ya desaparecido de la calle de Atocha de Madrid. Con motivo de la afluencia de forasteros cuando la boda del Rey, las dos andaluzas que apenas habían llamado la atención de sus compatriotas, secasaron; la una con un multimillonario americano, que la llenó de comodidades; la otra con el Rhajah de Kapourtala, uno de los más opulentos Príncipes de la India, que vive gozoso de verla pasear su gracia andaluza entre rebaños de elefantes y un ejército esplendoroso de servidores y esclavas que, como en los cuentos orientales tienen por única misión la comodidad y goce de la favorita.

Cierto que éste es un caso aislado que no se prodiga, pero ello es sintomático y digno de tenerse en cuenta. Nadie puede dudar que el joven multimillonario y el opulento Rhajah que recorrieron los más seductores países, conocieron las más bellas mujeres y resistieron impávidos las más enconadas seducciones, al realizar un viaje de turismo por Espa-

ña, cuando más ajenos estaban, presenciando un espectáculo mucho menos incitante y frívolo que cualquier «cabaret» cosmopolita, sintieron inflamados sus maduros corazones.

Debió ser maravilloso en París el desfile de elefantes y lujosos carruajes y exóticos sacerdotes que el Rhajah de Kapourtala hizo venir de la India para celebrar de acuerdo con sus ritos sagrados, su boda con la enamorada española.

Pero el caso de españolas que abjuren de su religión es escasísimo. Casi podría decirse que el hecho de Anita Delgado es la excepción inusitada.

Fué Eugenia de Montijo la bella española que ocupó el Trono de Francia, y supo mostrar al mundo que con igual majestad ceñía una corona o se amoldaba a la amargura del destierro, quien demostró las buenas condiciones que reúne la mujer de nuestra raza para regentar un hogar y ser modelo de esposas y de madres.

Por eso el viajero que, ahito de las frivolidades de todo el mundo, lleno de ligerezas y egoísmo, recorre nuestras pintorescas costas o las pardas llanuras de Castilla, o el encanto seductor de nuestras montañas, no deja de maravillarse encantado de la sublime sencillez de estas mujeres prolíficas—envidia de otras naciones y otras razas—que, percatadas de lo que es su misión en el hogar, son compañeras del hombre, a quien ayudan en sus faenas, llenándole de encantos sin más afeites y presunción que la gracia natural y la simpatía innata, que hacen que entre una pequeña madrileña—por ejemplo—graciosa y encantadora envuelta en un mantón de fleces, y una espléndida anglo-sajona, que pasea por las playas de moda los atractivos de su cuerpo estatuaria, exista la enorme distancia que diferencia la vida de una sonrisa y la frialdad de primorosa estatua de mármol.

Así se explica la alarma que ha cundido entre las lindas «girls» hijas de la rubia Albión, pese a los atractivos que para el amor tiene el pueblo más liberal del mundo. Las impacientes inglesitas se desesperan viendo que sus rubios compatriotas buscan la compañera de su hogar en tierras extrañas. El Gobierno inglés ha tenido que adoptar medidas para atajar el peligro, y en las listas y estadísticas publicadas para mayor ejemplaridad, resulta que la casi totalidad de ingleses casados fuera de su patria, fueron conquistados por españolas o hispano-americanas.

BLANCA DE AZEVEDO.

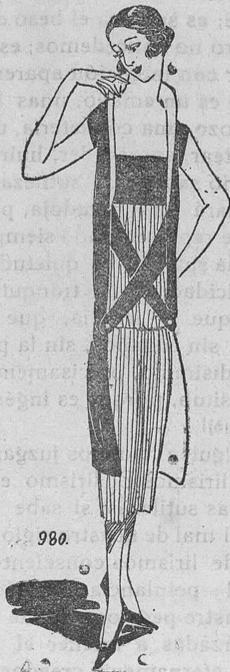
La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRESSE)

Nuestros abrigos

¡Qué de esmero en estas prendas donde la mujer oculta el encantador vestido, y de los que sale para lucir su fresca y atrayente belleza!

Aquí, abrigos radiantes, rectos, estrechos, hechos de tejidos de lana de fantasía; bonitos, modelos, no obstante su sencillez, y que con-



Vestido de alpaca de seda, sobre un bajo de crepé de china plisado

vienen especialmente para nuestras salidas, de compras, de encargos, modelos de «tout aller».

Allí, combinaciones de raso a rayas «ottoman» con esta disposición original de un talle muy alto, solapas muy puntiagudas y cuello bordado.

Más lejos, abrigos en los que se advierte ese efecto de línea baja detrás, más alta en la parte delantera indicada por un efecto de guarnición del que hablaba precisamente a propósito del talle. Eso mismo se hace para los abrigos.

He aquí más abrigos rectos, que llegan más abajo del vestido, y que son de lana «cotel» a la que se une una banda de lana escocesa. En estas prendas, con cuello y solapas de hechura sastre, se puede concebir una disposición de forma de pelerina.

Y se puede tener así un modelo elegante, que se podrá modificar según el gusto de cada una, con un movimiento de amplitud abajo. Claro está que para esta clase de prendas hay que emplear buenas telas; terciopelo, raso, «ottoman».

Se cuidará también de añadir una sobria pero coqueta guarnición que acabará de dar al abrigo un verdadero «chic».

Es esta ocasión oportuna para recordar la boga actual de estos conjuntos, de los que he-

hablado varias veces y que constan de vestido y abrigo de la misma largura en armonía, mientras sea posible de color y de tejido, a no ser que se guste de producir un efecto de contraste, con elementos seductores.

El talle

Si en nuestras «toilettes» el talle bajo, evidentemente muy del agrado de la mujer, continúa reinando sin discusión, no hay que echar en olvido las investigaciones y los trabajos que realizan algunos modistos para aportar al talle un fantasía.

Verdad es que siempre se dispone del recurso de no indicar el talle, cosa que se hace ya en muchos vestidos. Pero en esta cuestión, algunas mujeres gustan, no de hacerse notar, pero sí de ofrecer una nota personal de seductor esmero.

Las que deseen obtener un efecto personal, podrán indicar el talle bajo detrás y más alto adelante, mediante una guarnición aplicada.

Bastará con utilizar dos pequeños lazos de tissu que partan de los costados y vengán a anudarse en la espalda. Esta semi-cintura podrá hacerse también de cinta estrecha, metálica y preferentemente de colores apagados o escoceses de seda.

También será posible marcar el talle casi en su sitio normal, con ayuda de una retura o «cambure» ligera, o también con ayuda de dos pinzas que se den frente.

Si agradan ciertas reminiscencias de estilo, que no obstante las innovaciones cuentan con



CONSORTIUM DE PRESSE-PARIS.

Muy original este vestido, de rasha beige y satín negro

partidarios, tanto entre las mujeres como entre algunos modistos de fama, se puede volver, como hace algunos meses, al estilo Directorio, indicando el talle muy alto por su efecto de corte.

Como las prendas actuales tienen todas la misma silueta, es elegante tratar de buscar todo aquello que pueda darles una nota original y de buen gusto. Pero, como es natural, hay

Lavados en seco
Colores finos y sólidos a la muestra
Lutos rapidísimos
Plisés, acordonados, watteaux,
etcétera
Se lavan, tiñen y rizan plumas
Lavado de renards y toda clase
de pieles
Visillos, stores, cortinajes
y alfombras

TEINTURERIE A. CHATELAIN

BARCELONA

Representante en Menorca: VDA. DE J. SINTES

ANUNCIVAY, 26. - MAHÓN

La preferida de la gente chic

Ni más cara ni más barata que
cualquiera de las de primer orden;
pero la más pulcra, rápida
y exacta

Tantas expediciones como
vapores correos

que emplear el gusto personal con mucha prudencia y sobre todo, tener cuidado de no exagerar, de no ir demasiado lejos...

Las bonitas guarniciones de nuestros sombreros nuevos

Si continuamos echando una ojeada de curiosidad a las verdaderamente últimas creaciones (es decir las que aun no han sido enseñadas y por lo tanto no se llevan todavía) descubriremos muchos e interesantes esfuerzos en cuestión de guarniciones.

Tal modista, por ejemplo, no poseerá, si se quiere, más que pocos modelos relativamente, pero por el contrario hará todo lo posible para darles una nota completamente artística y personal.

Una vez será una cinta de oro bastante ancha, bordada con flores de lana multicolores, cuyas siluetas lo mismo que los colores serán creaciones de un pintor de talento.

Un gran sombrero «capeline» de crin roja, violáceo de hoja de oro quedará de manera encantadora con la guarnición que indicamos. Resultará también muy sugestivo un sombrero de bordes «picot», cuyo fondo estará completamente cubierto de bordados chinos.

Flores de terciopelo o de seda anidarán en los huecos de un sombrero «calotte», o bien vendrán a colocarse audazmente en la cúspide, que puede ofrecer el aspecto de una especie de cresta arreglada con cintas; o también las flores podrán guarnecer el pico de modo atrayente.

He hablado de las cintas. Se puede lograr con la cinta un lindo efecto mezclando apropiadamente los colores. Hay que escogerlas preferentemente de gasa rosa de bordes de raso; o también la mitad de raso negro y la otra mitad «ciré costelé». O asimismo de paja, de tafetán frecuentemente con combinación de dos o tres colores y algunas veces con una banda de muselina. Se ven también en ciertos modelos, guarniciones de avestruz, «glycerinée», «laquée». Y para los modelos de dos colores — supongamos puntilla roja anaranjada, mezclada con tafetán negro «plissé» — el motivo de avestruz se hará en los dos tonos del sombrero.

Además disponemos para las guarniciones de piel, de motivos de metal, de materia plástica y de plata esmaltada. En estos casos, el color deberá armonizarse con el tono del sombrero.

Perfumes

Le gustan a Vd. los perfumes, lectora? Claro que sí, ¿no es cierto? En todos los tiempos, aun en los más remotos, las mujeres han gustado de los perfumes.

Las reinas de Egipto, que enloquecían por ellos, emplearon los aromas más penetrantes y sutiles. Egipto proveía de perfumes a todo el mundo incluso a la India y a Judea, que a su vez se dedicaron al comercio de productos aromáticos: Mirra, azafrán, iris, canela, cinamomo, resinas...

Los Griegos y Romanos consumieron muchos perfumes y llegaron a atribuir a algunos propiedades salutaríficas y antisépticas, propiedades que más tarde se han comprobado eran exactas.

Hoy en día, la química ha permitido obtener perfumes tenaces y violentos a veces con detrimento de su figura. Pero una mujer de gusto debe saber elegir y su perfume debe ser escogido con tanto cuidado como su «toilette», y tiene que ser tan distinguido como su propia persona.

Daré sobre este particular algunas indicaciones que quizás os podrán ser útiles.

Si os gustan los perfumes fuertes, mezclad ámbar y chipre con un poco de violeta.

Dentro del mismo gusto se obtiene un exquisito perfume mezclando la rosa a la Piel de España.

La violeta y el iris se combinan muy bien con el agua de Colonia Rusa.

Podréis dosificar las esencias según vuestros gustos.

¿Deseáis un excelente aroma para el armario de los vestidos? Mezclad en saquitos que podrán colgar en el mueble, iris de Florencia en polvo y algunos clavos de especia.

Para perfumar el papel de cartas, colocad entre las hojas, papel secante impregnado de vuestra esencia predilecta.

Y sobre todo, lectoras, no olvidéis que los perfumes no resisten la vulgaridad y que hay que emplearlos con moderación para tratar de no molestar a las personas que os rodean.

DE LA SUTILEZA

Es una de las cualidades del cuerpo glorioso, según los teólogos, pero como sea que la percepción de los atributos altísimos nos es sugerida por deducción de las facultades humanas, la sutileza es en realidad una bondad inteligente. Y de preferencia, es femenina.

El aroma es en cierto modo un sabor perceptible por el sentido más depurado que poseemos; así la gracia que es sutileza, es aroma que al desprenderse del alma de la mujer sabe sólo percibirlo nuestro espíritu. Es un rasgo de feminidad; algo así como un revoloteo grácil, luminoso. Es una «forforescencia» que descubre una intimidad gloriosa.

Con Dostoievski, es muchos sospecharon si las esencias eran abstracción del firmamento por donde la empuja se descubría. Nada mejor, aplicado a la sutileza, cuando es chispa de un reverberar excelso.

Es sutileza aquella risa preñada de locura, cuando una malicia inocente nos sorprende; es sutileza el beso que anhelamos pero no concedemos; es sutileza el esperar con intención aparentemente aviesa: lo es un enfado, unas lágrimas, un alborozo, una coquetería, un ramilgo, corretear, sorprender, huir, hartarse, ¿qué no sabe esa sutileza?

Semejará una paradoja, pero es lo cierto que representando siempre movimiento, la sutileza es quietud, porque es simplicidad. Es la tranquilidad del espíritu que se irradia, que vive sin dobleces, sin engaños, sin la preocupación del disimulo, precisamente porque es simplísimo, porque es ingenuo, porque es sutil.

Por alguien le oímos juzgar el alma oriental: lirismo. El lirismo es la más pura de las sutilezas, si sabe ser consciente. El mal de nuestro siglo radica en la falta de lirismos conscientes y en el exceso de petulancias ilustradas. Estas son el lastre pegajoso donde las almas venise forzadas a retener el vuelo. La fantasía, eternamente creadora, vive el optimismo justamente: porque alimentándose de sutilezas, en cada sueño, como en cada juego que humanice, plasma un reflejo del goce añorado.

Sin el valor de las sutilezas, todo son reacciones químicas o mezcla de substancias que a fuerza de contracciones sensoriales orgánicas Y ello — dícese — es el placer como la emoción.

¡Benditas sean las sutilezas, que nos hacen olvidar las realidades científicas!

Pero, ¿las dichas realidades son tales o es nuestra severidad analítica quien así sabe hacerlas repugnantes?

Muchas veces acudí a una mujer, ante esa pregunta, y la solución me la ofrecía aquella niña que se gozaba en picarona y también aquella suave mariposa que semeja una flor desprendida de su tallo, para adornar otras muchas hierbas que no saben todavía cantar un himno a la luz de las alturas.

Luego, cuando vemos que las costumbres se encaminan a privar a la mujer de su risa cantarina, decimos: La mujer esclava, era mujer, la mujer tratada con despotismo, seguía siéndolo, aquella otra dominada también lo fue, pero la fémina con deberes de masculinidad, con severidad de normas, con apego a lo que representa inferioridad del alma, sin sutilezas, en fin, ¿será una hembra que renuncia a ser mujer?

M. GIBERT MIRET.

PENSAMIENTOS

La hipocresía es un homenaje que rinde el vicio a la virtud.

Anatole France y la mujer

Decía el literato francés: Una mujer es franca cuando no mente inútilmente...

En el amor la mujer se presta más bien que se da...

La mujer es la grande educadora del hombre; ella le enseña las virtudes encantadoras, la urbanidad, la discreción y esa altivez que teme ser importuna. Ella enseña a algunos el arte de gustar, y a todos al arte útil de no desagradar. En fin, junto a ella se penetra uno de la idea de que los sueños del sentimiento y las sombras de la fe son invencibles, y que no es la razón la que gobierna a los hombres.

Este incomparable escritor, artista y «dilettante» apreciaba mucho a las mujeres y se complacía en su compañía; les demostraba una galantería respetuosa que es muy rara en nuestra época egoísta.

Esta es la razón por la cual no era feminista en lo que se refiere a las reivindicaciones sociales que tienen por objeto la igualdad de sexos. Frances decía que el hombre, considerando a la mujer como una igual, aparecería en la lucha por la vida como un contrincante muy duro; ya no daría prueba de consideración hacia ella, consideración con que se afirma la protección reclamada por el sexo más débil.

En apoyo de esta opinión, recordaba a menudo la brutalidad con que los hombres tratan a las mujeres en los autobuses, a fin de obtener los asientos antes que ellas.

Para el célebre autor de «Tahts», el poderío de la mujer reside únicamente en la invencible seducción de sus encantos.

UN CUENTO PARA TÍ

EL MILAGRO DEL SANTO

El auto, en marcha loca sobre la mal cuidada carretera rebotaba de bache en bache. caía en los hoyos y en zig zag constante sorteaba los obstáculos trepando en ellos, saltándolos como caballo desbocado e imprimiendo a la lujosa carrosería limousine un movimiento de cuna, al mecerla violentamente sobre la suspensión de muelles. En el volante el chauffeur vigilaba la loca carrera y con el pie puesto en el acelerador abría gas al motor, que en trepidaciones y jadeos de coloso, a cada nueva hostigación iniciaba un salto, como queriéndose desprender del suelo para emprender más libremente en los aires la desenfundada huida. El auricular, recogiendo la voz que Matilde en el interior del coche emitía, acusaba al conductor con las mismas palabras dejadas caer indolentemente: Depressé, Enrique.

En el momento del lujoso coche, reclinando el respaldo y asiento, viajaba Matilde, agena a la loca carrera por seguir el hilo de sus pensamientos, obrando inconscientemente al requerir al teléfono para dictar el mandato incitador de una mayor celeridad en la marcha al que respondía el chofer poniendo a contribución la potencialidad máxima del motor.

Regresaba Matilde de su anual peregrinaje de fe e ilusión. Todos los años abudía a los pies de la imagen de San Antón, que en ermita de apartado lugar se veneraba, para rendirle la ofrenda de sus oraciones e invocar su protección, en fervorosa petición del novio bueno del galán apuesto y gallardo, a imagen y semejanza del príncipe de ensueño que en su mente forjara. Como todas las niñas, que no han sabido, quizá por lo muelle y feliz de su existencia, conocer y aquilatar el valor del tiempo, el tesoro que encierra su propia juventud, veía Matilde deslizarse el cuarto lustro de su vida con temeroso espanto, como si al final de la jornada de la primavera de la vida, le esperara ya la odiosa senectud. Con sus diez y nueve años, creíase vieja Matilde y cada año ponía mayor fervor en la súplica y este, se había excedido pasando a los pies de la imagen, largo

tiempo y fuerza era que el Santo maguánimo, la atendiera.

En su afán de llegar a la ciudad no pensaba en lo imprudente de su loca carrera, ni le molestaban los menudos pero ininterrumpidos rebotes del coche, que zarandeaban la muellemente, prestando a su figura envuelta en pieles, movilidad discordante, como la de esas muñecas de articulaciones alámbricas, que en inquietud constante, se agitan sobre los pianos, como si llevaran el compás de la sonata.

Y sucedió... Próximo al pueblo de A., al entrar el coche en un viraje corto y tratar el conductor el desvío de un bache, patinó el rodaje; en tremendo coletazo el automóvil chocó contra el guarda ruedas y en el breve momento de inercia provocado por dos fuerzas iguales y contrarias, la lujosa máquina desplomose por el terraplén, quedando volcada, tumada sobre sí misma, mostrando al aire la carrocería, el metálico varrillaje entretejido de la carrocería.

Como niño y gentes del vecino pueblo de A. acudieron en socorro de los viajeros. Al cesar de rodar el coche, habiense roto los gruesos cristales y las esquirlas puntiagudas como acerados puñales, claváronse en las carnes, llenando el cuerpo de la bella de sangrantes heridas. Fuerte conmoción privó a Matilde de los sentidos y por muerta fué recogida y por muerta teníanla los labriegos que en hombros trasportáronla al pueblo de A. dejándola instalada en la propia casa del Médico, como la de mejor alojamiento.

La gravedad de las heridas impidieron el traslado de Matilde a la ciudad y en el domicilio del joven Médico Titular del pueblo don Felipe A. hoy, llegado recientemente de la Universidad, se le asistió la joven. En aquella casa, por los días de una curación cruenta y difícil, en la que esmeróse el cirujano y hombre de ciencia, suplizando la falta de experiencia con la voluntad de vencer.

II

Lenta fué la curación que graves habían sido las heridas recibidas, pero la juventud de la paciente su sana constitución y los cuidados extremados del Doctor, vencieron y Matilde sentíase renacer a una nueva vida, más bella quizá que la anterior, más ampliamente dichosa puesto que al adentrarse en la remembranza de aquellos días pasados en el hogar del joven médico, sentía invadido todo su ser de un grato optimismo, vislumbraada un horizonte bello, un futuro dichoso de felicidad y amor.

Y llegó la convalescencia y con esta los paseos diarios y siempre más agradables con el joven Doctor. Ambos se buscaban y adivinaban, sabiéndose sin decirselo, presos en las redes de este sentimiento, de tan difícil definición, que une las almas de una aspiración suprema y que llamamos amor.

¿Cómo fué? Ellos no sabían explicárselo. Se amaban sin saber determinar desde cuando, quizá desde siempre. Fueron novios y aquel conocimiento comenzado en los umbrales de la muerte, se reafirmó con lazos santos e indisolubles, al unirse en matrimonio Matilde y Felipe.

Casados vivían como una hora feliz todas las de los días y años. Y siempre al recordar el suceso trágico de su presentación, Matilde repetía al esposo idénticas palabras: el accidente automovilista que me llevó así, fué, no lo dudes, milagro del Santo. Los caminos cuanto más espinosos y quebrados más nos acercan a la ventura y San Antón quiso, que nuestra felicidad fuera eterna, después de regala con mi sangre y cuidada con la nobleza de tu proceder.

Y el esposo, sintiéndose feliz asentía y replicábale: Sí, Matilde. Milagro del Santo que obra de Santos es hacer el bien y dar la felicidad a dos seres.

FRANZ

Mahón y enero 1924.

CONSEJOS ÚTILES

Para limpiar las hojas de cuchillos y navajas, lo mejor es coger un pedazo de patata y frotarlas en él.

Para recobrar la voz cuando se ha perdido, como ocurre muchas veces por efecto del frío, basta echar en la clara de un huevo un poco de jugo de limón, y si acaso, un poco de azúcar. Tómese una cucharada de este líquido de vez en cuando.

Imp. de M. Sintes Rotger. — Mahón